

Día cien mil

Antoine X

Me siento inútil cuando veo a Damaris recibir el impacto en el pecho. Mientras, detrás de mí, suena el grito del líder del grupo de resorteras y chinas avisando que sostengamos la posición para que recarguen. Damaris cae inconsciente, golpeándose con fuerza en el suelo. Su escudero está arrodillado frente a ella y no deja de estremecerse por el temor. A todo novato le pasa la primera vez y por eso le pedí a mi amiga que se mantuviera con el grupo de apoyo, pero Damaris lo escogió para estar en la punta izquierda.

Le grito a Daniel, mi sustituto, para que cubra mi posición.

—¿Estás bien? —pregunta apenas coloca su escudo en mi lugar y así hacerme a un lado. No le contesto y me salgo de la tortuga, nuestro pequeño fuerte humano, a la mitad de la autopista. Alcanzo a ver, a no más de veinte metros, la muralla de tanquetas blancas con sus lanzadores de cápsulas de humo, las tres hileras de guardias nacionales con su equipo antimotines con sus escudos, rifles y lanzagranadas. Miento madres que haya empresas del primer mundo vendiendo equipo antimotines.

Ante la tormenta horizontal de balas de goma apenas levanto mi escudo hecho con la lámina recortada de un bote de basura. Mantengo el perfil bajo, procurando que me cubra totalmente. Resuena la descarga del lanzador multigranada de una de las tanquetas: los desgraciados de seguro me centraron. Me arrodillo y me acurruco lo más que puedo detrás del escudo y lo inclino a 45 grados. Siento tres impactos directos y otros tantos a mi alrededor. No disparan al aire tal como marca el manual sino a mansalva. Así fue como le dieron a Damaris.

Desde la tortuga llega la orden del líder para lanzar otra ráfaga de piedras y botellas hacia los antimotines. Aprovecho para levantarme cubriéndome y correr hacia mi amiga y su escudero. En cuanto los alcanzo me pongo al lado del novato.

—Vamos de salida, no te apendejes, ¿eh? —le digo al chico lo más tranquila que puedo entregándole mi protección—. Ponte de rodillas e inclina un poco los escudos. Voy a revisarla.

El jovencito se ve más seguro al sentirse acompañado. Me hace caso y reviso rápido a Damaris, le tomo el pulso... muy débil, la marca en su ropa no me gusta. Rompo su blusa y veo el moretón negro, circular de bordes irregulares, sobre su corazón. En las reuniones por la noche ya habíamos platicado de lo que hacen varios grupos antimotines en diversos países: disparan las

supuestas balas de goma, inofensivas según los traficantes, al rostro para dejarte ciego. Lanzan directo las granadas de humo al pecho o a la cabeza para matarte. Avanzan las tanquetas sin importar quién está delante o debajo.

Busco mi pañuelo rojo en el bolsillo trasero de los jeans, pero no está. Así que me quito la máscara de pintor y desenredo el paliacate que usaba como segundo filtro. La cantidad de gases hace que se me cierre la garganta, me fuerzo a resistir. Levanto mi brazo derecho y empiezo a agitarlo solicitando ayuda para retirar a un herido. Varios golpes pegan en el dorso de la mano y rayo de dolor baja al hombro. Pero no desisto, sigo pidiendo ayuda y solamente paro cuando veo a dos escuderos seguidos de tres acompañantes. Así será fácil mover a Damaris lejos de la línea de fuego.

Palmeo el hombro del novato y le susurro que tenga paciencia, que ya viene ayuda. Tomo mi escudo y le recuerdo cómo se actúa en estos casos. Para que no estorbe él quedará al frente, retrocediendo de a poco mientras los otros escuderos se ponen a mi lado y los que vienen detrás cargan al herido. Ruega que confíe en él. Le digo que sí.

Minutos después, tras ser objetivo de más granadas y disparos directos, estamos a resguardo. Damaris me ruega que no la lleven a emergencia, que está bien y pierde el conocimiento. La despido mientras se la llevan entre dos en moto a urgencias

Lavo mi cara, pongo en su lugar el paliacate y la máscara. Recojo mi escudo de donde lo dejé y me dirijo rumbo a la tortuga. Mientras llueven proyectiles por doquier reflexiono que es el día noventa de nuestra resistencia, quizás el día cien mil de la lucha que aún corre por toda América Latina. Hemos ganado varias veces, algunas dictaduras no han caído y en otros países aún nos mantenemos en pie de lucha.

Llego junto a Daniel y le digo que retome su posición. Me acordé de los del 25 de marzo, me importa el hoy: por Damaris, por los cientos de compañeras y compañeros caídos como heridos, por los familiares, las amistades... quizás por el futuro, no podemos detenernos. Cierro mi posición junto al resto de las escuderas de la primera línea mientras gritamos a todo pulmón. Otra lluvia de pedruscos y molotovs surca el cielo rumbo a las tanquetas y los antimotines.

Cae la noche, incendiada una vez más.